

Pedro Luis Casanova *Fósforo blanco*, (Prólogo de Juan Carlos Mestre) Sevilla, La Isla de Siltolá, col. Tierra, 2015, 80 pp.

Pedro Luis Casanova (Jaén, 1978) ha publicado hasta la fecha tres libros de poesía, de los cuales sin duda destaca este último, *Fósforo blanco*, fruto del trabajo de muchos años, ya que entre su anterior entrega, *Café* (2001), y este, distan 14 años. Los lectores agradecemos el esfuerzo por entregarnos este poemario que desde su medida estructura nos anuncia una más que meritoria *labor limae*. Así, *Fósforo blanco* se abre con la cita-dedicatoria «*El trabajo, Fátima, el trabajo*», y bien nos predispone a leer esta escritura entrelazada a torsiones peculiares y giros semánticamente poco ortodoxos, jugando — por poner solo un ejemplo — con la transitividad de los verbos, «Piensas aquel cajón» (p. 23). No sólo se trata de un arqueamiento en el seno de la significación, sino también de la sintaxis, buscada y rebuscada, trabajada hasta el extremo, como podrá observar el lector a poco que comience la lectura. *Fósforo blanco* entona un fraseo distinto al lenguaje cotidiano (también distinto a la mayor parte de la lírica contemporánea), muy cercano por un lado a la declamación acusadora, al dedo señalador de la denuncia y el grito, pero también por otro cercano al coqueteo por momentos de la voz baja, una suerte de *sotto voce* en la decantación «en frío» del lenguaje. Y no está exento de reflexión en torno al poema y la propia palabra: «La palabra es silencio o nota, no la razón sino su pulso / en el canto la envilece o la aclama [...] He aquí el poema: / su palabra es imagen que oímos, / lo que queda del ser / cuando nada resiste / y el olvido asume realidad y tiempo.» (p. 67, de «Aguas madres»). Si bien la poesía no es ajena — ni puede ser — al ritmo: «Tan sólo por su música / tocamos la memoria.», nos dice con acierto el poeta en el mismo poema. Así un verso como «No en el temblor de la pobreza alcanza la lujuria / su negra majestad», se convierte en estribillo (pp. 52-53), ahondando en ese concepto sonoro del conjunto. Hay continuas repeticiones que inciden en este aspecto fónico de manera brillante.

Por eso hay que decir que este *Fósforo blanco* presenta una versificación poco usual — a veces entrecortada, otras en cambio sumamente larga — en el panorama de la poesía española actual, y aunque hay precedentes, como el caso de Diego Jesús Jiménez, a quien en la estela de sus fascinantes *Bajorrelieve* o *Itinerario para naufragos* nuestro autor le gustaría adscribirse, nos interesa resaltar ahora la fuerza con la que Casanova encadena el discurso, cómo se produce la semiosis en la generación del sentido. «Y de su imagen, de su más / oscura música latiendo / junto al álbum, / nace el descanso, la palabra» (p. 26, de «A traición»). La ruptura versal, los hipérbatos, los encabalgamientos de todo tipo, y diferentes materiales y recursos desplegados, están muy presentes en este poemario que, por lo demás, no rehúye del lenguaje osado, a veces obsceno, en connivencia con el feísmo y las imágenes impactantes. ¿No es esta sociedad del capitalismo avanzado, salvaje y consumista en la que vivimos también a veces impactante y obscena? No en vano aparecen las heces y los orines

en varios momentos explícitos, por ejemplo «(Huelo mis heces en silencio.)» (p. 47), para comenzar el largo poema en nueve fragmentos titulado «Cuerpo raso», que es la segunda sección de este *Fósforo blanco*... En general se trata de un rastreo por el prestigio de los vertederos y los escombros – el subsuelo, la basura, los bajos fondos, etc. – que arroja también luminosos pasajes, como en ese mismo fragmento: «Fétida axila del trabajo, / campesina, jornalera en la canción / de las escuelas subterráneas» (p. 48), o el excelente «La madrugada es un escombro en manos de las divisiones» (p. 50), con el que inicia el fragmento tercero. Juan Carlos Mestre, en su prólogo, nos habla de «la náusea de quien pierde el corazón bajo la manga de los adivinos» (p. 11), y bien podría ser esto una metáfora – y no sólo – de este sólido *Fósforo blanco*, que no dejará indiferente a nadie.

Estamos sin duda ante una escritura concebida no sólo como indagación lingüística sino ante todo como material inflamable, una escritura que ejerce la denuncia activa desde su propia propuesta creativa, creando una atmósfera que combina el resentimiento con la rabia, la visión onírica y la ráfaga épico-lírica. Recordemos, además, y Pedro Luis Casanova es profesor de Física y Química, que el fósforo ordinario o blanco es una de las formas alotrópicas en la que se presenta este no metal sólido. Aparte de ser ceroso, de olor desagradable, muy combustible y venenoso, y emitir luz en la oscuridad, sus compuestos se usan como fertilizantes, para preparar raticidas o elaborar cerillas. Eso es también este libro, y ya desde el título se nos indica. Igual que se nos indica en muchas ocasiones cómo leerlo y cómo degustarlo, dónde incidir y cómo incluso deglutirlo. De ahí las continuas imprecaciones, apelaciones e interpelaciones, que aumentan el signo enfático de muchos pasajes, con el uso abundante y constante de imperativos que refuerzan el carácter deíctico de lo que se nos dice, ya sea desde el plano de la expresión o de la misma representación textual. «Ved / cómo nos hunde el pulso en la madera su solemne canto. / Contemplad / el tacto de la culpa» (p. 33, de «En la catedral de Jaén»; y así otros verbos en reiteradas ocasiones). Con todo, *Fósforo blanco* no evita la tradición, sino que la enfoca de otro modo a través de un cierto barroquismo o neobarroquismo, del que forman parte todas estas estrategias discursivas citadas, y entre las que no se evitan arcaísmos para la construcción de una atmósfera propicia, un ambiente poético con entidad sugestiva, y amplias resonancias de mitologías privadas y colectivas, inventadas o recreadas. Antes bien, escarba en el costumbrismo, en escenas castizas y en el pensamiento ideológico – hegemónico o no – que se ha vuelto folklore, como el de la Iglesia Católica, denunciando las lápidas franquistas que aún hoy siguen siendo exhibidas en el altar mayor de la Catedral de Jaén, en grandes mayúsculas: «asesinados en la revolución marxista. Julio de 1936 a marzo de 1939» (sic). Y nos dice el poeta a propósito: «Nieve de la luz que recibe la mañana / en las vidrieras, la acomoda sobre las lápidas, caídos / por dios y por España, / uno a uno, el nombre / de los honrados con el dulce veredicto.» (p. 32, ídem). O el inquietante «Febrero, 1981», cuando se evoca y se recrean el golpe de Estado fallido de Tejero. Ahí se encuentra una vez más «el tema de España», abordado ya desde el primer poema con el título inequívoco de «España» (p. 21), y que vuelve a aparecer con voluntad tipológica en la primera sección, «Puedo enseñar mi dentadura», de

este *Fósforo blanco*, a la que le suceden, como ya hemos adelantado, «Cuerpo raso», concluyendo con «Aguas madres», otro sintagma proveniente de la química y que dejamos que el lector investigue, pues a buen seguro este poemario lo estimulará. Pedro Luis Casanova ha publicado un libro interesante y arriesgado, y hay que agradecer su propuesta rebelde y crítica.

Juan Carlos Abril

